benéfica es perjudicial para el estómago, y por lo tanto no debe comerse.

M.—¿Y cómo evitarémos comer un fruto malo por uno bueno?

D.—Conociendo el color, olor y sabor que tiene cuando está bueno y el que presenta cuando está malo.

### Comentarios.

Seria repetir lo ya dicho en el modelo anterior el comentar éste, siendo aplicables á ambos las mismas reflexiones.

Solamente insistirémos en manifestar que las contestaciones que suponemos en boca del discípulo, no son las que éste dará desde luego, sino aquellas hácia las cuales lo ha de conducir el maestro. ¿Como ha de hacerlo? Su práctica y su ingenio se lo aconsejarán en cada caso mejor que lo pudiéramos hacer nosotros.

Muchos otros modelos hubiéramos deseado presentar á nuestros lectores á fin de darles á conocer todas las variedades de lecciones objetivas; pero los límites de una obra como la presente no nos lo permiten.

Por lo demas, estamos convencidos de que la utilidad que pueda sacarse del estudio de un modelo se podrá obtener del análisis de los que hemos presentado. Con toda intencion hemos escogido asuntos sencillos sin profundizar ninguna de las cuestiones en ellos bosquejadas.

En efecto: la experiencia nos ha demostrado que lo único difícil en punto á enseñanza objetiva es comenzar. Ya desde la segunda ó tercera leccion se comienza á ver los beneficios de la primera, y á medida que se avanza se van palpando los progresos que el discípulo hace. Al principio no sólo no sabe observar, raciocinar, ni imaginar, sino que ni sospecha que debe hacerlo; despues, y de una manera gradual y rápida, se le ve por sí mismo hacer uso de sus sentidos, acudir á su memoria, ensayar su raciocinio, apelar á su imaginacion, etc., etc., y no es la menor de las ventajas que se obtienen la de que el niño sepa poner en juego sus diversas facultades para vencer una dificultad cualquiera, en vez de permanecer pasivo y contestar no sé como lo hace al principio, á cada pregunta que se le dirige.

Dando aquí por terminada esta parte de nuestro trabajo, pasarémos á ocuparnos de la educación moral.

# CUARTA PARTE.

## EDUCACION MORAL.

## ADVERTENCIA.

No se espere encontrar en esta parte de nuestro trabajo algo relativo á los principios y preceptos de la moral; nuestro objeto no es indicar qué preceptos de moral deben seguirse, sino los medios para hacerlos observar, cualesquiera que ellos sean; el problema fundamental de esta última parte puede formularse así:

Dado un precepto de moral, elegir los medios más adecuados para hacerlo practicar.

En cuanto al precepto mismo, toca á los moralistas, y no á nosotros, formularlo.

Claro es que en nuestra exposicion necesitarémos tomar ejemplos de entre los preceptos mismos de la moral; pero procurarémos escogerlos de entre aquellas máximas que no admitan discusion ni duda alguna, y huirémos de las que estén sujetas á controversia para evitar discusiones que estarian de más aquí.

#### T

## IMPORTANCIA DE LA EDUCACION MORAL.

El incesante desarrollo y continuo perfeccionamiento que las sociedades humanas vienen realizando desde los tiempos más remotos, sólo interrumpido de vez en cuando por retrocesos siempre cortos y casi siempre de poca importancia; la aspiracion general tácita ó explícita hácia el mejoramiento; la facilidad y seguridad relativas con que las ideas progresistas se imponen á las mayorías, siendo así que en sus principios éstas están en contra de ellas; la regularidad con que dia á dia pierden su imperio sobre la conducta humana las preocupaciones, las supersticiones, los errores que tienden á sofocar las aspiraciones del hombre hácia un estado de cosas siempre mejor, son las pruebas más elocuentes de que la vida social es para el hombre la vida por excelencia, y de que, en consecuencia, la felicidad humana depende del perfeccionamiento de las relaciones sociales.

En efecto, para la satisfaccion de las necesidades inferiores, y sobre todo de las superiores, cada hombre necesita del concurso de otros, y tanto más, cuanto dichas necesidades hayan de ser satisfechas con profusion mayor ó con requisitos más numerosos ó variados.

Se comprende que atenido á sí mismo un hombre pudiera proporcionarse alimento, confeccionarse vestido, arreglarse habitacion; pero sobre ser muy mezquino, muy insuficiente todo eso, y apénas bastante para él, jamas podria llenar, ni medianamente, las múltiples exigencias de las necesidades correspondientes.

Si hoy podemos, y en el porvenir con mayor razon, satisfacer más pronto, mejor y en más vasta escala nuestras necesidades; si hasta nos hemos creado nuevas y las satisfacemos, esto se debe á la cooperacion de los demas hombres presentes y pasados, y al perfeccionamiento á que ha llegado. Y si reflexionamos en los infinitos beneficios que tiene reservados para el porvenir, muchos de los cuales, á juzgar tan sólo por lo que ya se entrevé de las próximas aplicaciones de la electricidad, superarán á los que hoy disfrutamos, tendrémos que convenir en que la aspiracion suprema del hombre debe ser el incesante mejoramiento de la vida social, que si es la base de su prosperidad actual, con mayor razon lo será de su felicidad futura.

Pero creer que los progresos científicos é industriales son la esencia de ese mejoramiento, creer que el hombre será más feliz por sólo saber más, poseer máquinas de mayor potencia ó medios de comunicacion más expeditos, es cometer un doble error; es suponer, primero: que toda la felicidad humana se finca en eso, y segundo: que tales resultados se pueden obtener sin más base que la ciencia y que la inteligencia del hombre.

Cuando vemos con cuánto afan y con cuánto exclusivismo los padres

de familia, los maestros y el Estado se preocupan de la instruccion, casi no es posible resistir á la idea de que ella es la panacea bajo cuya influencia desaparecerán como por encanto los males que aquejan á la sociedad.

Pero cuando observamos que á igualdad de instruccion no hay igualdad de felicidad ni en los individuos ni en los pueblos; cuando vemos que la mucha ilustracion y la mucha prosperidad suelen coincidir con la desgracia, y que la ignorancia y la pobreza no son incompatibles con la felicidad ni en los hombres ni en los pueblos, tendrémos que convenir en que si bien la ilustracion y la prosperidad material tienen grande influencia en la felicidad humana, no son su causa total.

Mayor accion han tenido sobre ella la abolicion de la esclavitud, la monogamía, el advenimiento de las democracias, que el descubrimiento de las leyes de Kepler ó el de las máquinas de vapor.

Ahora bien, los primeros son progresos en el órden moral y no en el órden científico ó industrial. La ciencia está aún léjos de establecer las leyes correspondientes, y sin embargo, esos progresos son ya hechos consumados en casi todo el mundo civilizado. Llévense á Oriente nuestras máquinas y nuestras bibliotecas, y no se logrará igualar la medida de la felicidad de allá con la que nos tocó en suerte, á ménos que no se modifiquen las costumbres y los sentimientos de aquellos pueblos; por el contrario, modifíquese esto último y déjese á la ciencia y la industria en tal estado, y se verá la desgracia disminuir notablemente.

La historia demuestra con toda evidencia, que el progreso moral ha tenido, tiene y tendrá, más que otro alguno, influencia sobre nuestra felicidad.

Ella nos enseña, además, que el desarrollo de las ciencias y de las artes es insuficiente ó nulo sin progresos previos del órden moral que por una parte, le permitan tener lugar, y por otra, obtener sus plenos resultados. ¿Quién puede dudar de la perniciosa influencia que para la ciencia y para la industria ha tenido la intolerancia religiosa y la esclavitud del pensamiento? La tolerancia religiosa y la libertad de pensar, son progresos del órden moral que han asegurado los demas órdenes de perfeccionamiento, y que han tenido que preceder forzosamente á muchos de éstos.

Actualmente, sin más ciencia ni más industria que la que poseemos, se puede acrecentar notablemente nuestra felicidad, con sólo alcanzar algunos progresos morales realizables con los medios que están á nuestro alcance.

Pregúntese al Estado que no quiere ni necesita más ciencia, sino más moralidad en sus empleados; pregúntese á la familia; pregúntese al individuo, y se verá cómo sobre el caudal científico y pecuniario actual, se podrian levantar felicidades mucho mayores y más duraderas, sin más que moderar pasiones, dulcificar sentimientos, etc., etc.; recursos todos del órden moral.

Inútil es llevar más allá una demostracion ya hecha. Despues de lo dicho y de lo que ello sugiere, no puede caber duda de que:

La moralidad humana es la principal, ya que no la única causa de la felicidad; de que:

El progreso moral es la garantía de que las demas formas de mejoramiento tengan lugar y lleguen á dar sus mejores resultados; y de que, supuesto el progreso alcanzado en los demas órdenes de la actividad humana:

El individuo, la familia y el Estado deben preocuparse más, mucho más de lo que hoy lo hacen, de la educación moral, así como de encontrar y plantear medios adecuados para realizarla.

## II.

## EL MÉTODO QUE HOY SE SIGUE.

Richter, citado por Spencer, dice:

"Si las variaciones secretas de gran número de padres pertenecientes á la média de los espíritus, fueran externadas, ordenadas como plan de estudios, puestas en forma de catálogo que sirviera para la educacion moral de los niños, formarian un índice de este género: En primer lugar: La moral pura debe enseñarse al niño, sea por mí, sea por los que le tienen á su cargo; en seguida: Se les debe enseñar la moral mixta ó la de propia utilidad; en tercero: ¿No ves que así lo hace tu padre? en cuarto: Eres chico y eso sólo conviene á los grandes; en quinto: Lo importante es que tengas éxito y llegues á ser algo en el mundo; en sexto: El hombre no está hecho para la tierra sino para el cielo; en sétimo: Soporta la injusticia y ten paciencia; en octavo: Defiéndete con valor si te atacan; en noveno: Hijo mio, no hagas ruido; en décimo:

Los niños no deben ser tan quietos como tú; en undécimo: Obedece á tu padre; en duodécimo: Haz tú mismo tu educacion. ¡En cuánto á la madre, esa es distinta de su marido! Diferente aun de ese arlequin que aparece con un legajo de papeles bajo cada brazo, y que cuando se le pregunta qué tiene bajo el brazo derecho, responde: Ordenes, y qué bajo el izquierdo, y contesta: Contraôrdenes. ¡La madre sólo puede compararse á un gigante Briareo que tuviera bajo cada uno de sus cien brazos un legajo de esos papeles!"

Este cuadro es tan desolador como verdadero. En efecto, como ya lo hicimos notar en otro lugar, tanto en punto á doctrina como en punto á método, los padres de familia, y en general los encargados de la educación moral, no tienen más datos que la inspiración del momento ó el humor con que amanecieron.

En punto á doctrina, nada más frecuente que oir á los padres y especialmente á las madres, inculcar principios de dudosa moralidad y aun algunos notoriamente inmorales. Que un niño reciba golpes en defensa de otro, al punto se le reprocha el haberse mezclado en asuntos que no le importaban, (sic), y aun á veces se le castiga de obra por una accion tan generosa. Que otro exprese con sinceridad lo que encuentra de bueno ó de malo, en la conducta de los demas, y si su franqueza importuna, se le impone silencio; pero si de quien habla mal es antipático á los circunstantes, aplaudirán lo malo que de él diga el niño.

Con diferencias de tiempo á veces pequeñísimas, se le imponen preceptos incompatibles; hoy se le vitupera, lo que mañana se le aplaudirá, etc., etc.; tal es el caos que reina en las doctrinas, que por lo general se inculcan á los niños.

¿Cuáles son las consecuencias de este modo de proceder? Inútil es enumerarlas, porque á cualquierá se le ocurren y porque no es nuestro ánimo ocuparnos de doctrina moral, por más que creamos que la unidad, racionalidad y congruencia de la doctrina son indispensables para que la educación moral realice sus importantes fines.

En cuanto al método, se resiente de los mismos defectos que la doctrina.

¿De qué medios de moralizacion se hace hoy uso? ¿Cuáles son los resortes que se ponen en juego para moralizar á los niños y aun á los hombres?

Como los padres y maestros corrigen en los niños principalmente

aquellos actos, buenos ó malos, que suscitan la indignacion de los correctores, y disculpan y aun aplauden los que les son gratos aunque sean malos; como de cien correcciones hechas al niño, lo ménos ochenta tienen por orígen el ruido que hace, el trasto ó mueble que rompe, la falta de urbanidad que comete, actos todos que importunan y enojan, ya por las pérdidas materiales que ocosionan, ya por el ridículo en que ponen, nada más lógico que la correccion sea la manifestacion de la cólera paterna y que las palabras duras, los empellones y aun los golpes, sean el método de moralizacion más generalmente usado. Si á esto se agregan algunos consejos muy abstractos, casi cabalísticos y uno que otro premio, tendrémos casi completo el cuadro de nuestros medios de moralizacion.

Podrian aun sobrecargarse las tintas que lo ennegrecen, especialmente en las clases bajas; podrian citarse aun el mal ejemplo, las amenazas reiteradas y no cumplidas, los falsos pronósticos, etc., circunstancias que agravan los funestos resultados de la inconsecuencia de la doctrina y de lo inadecuado del método que caracterizaron nuestros abuelos con esta fórmula inquisitorial: La letra con sangre entra.

Vamos á analizar los principales recursos de actualidad, comenzando por el más usado, por el castigo.

Cuando un niño comete una falta, se ve instigado á ello por el placer que experimenta al cometerla, ó por el que cree que va á experimentar. Ajeno á la nocion de bien y de mal, guiado exclusivamente por lo que él juzga su conveniencia, es capaz de cometer sencillamente y sin escrúpulo las mayores inmoralidades.

Si en el momento en que está disfrutando del resultado de su mala accion llueven sobre él improperios, ¿qué impresion producen en su ánimo? La más desfavorable para su moralizacion.

En efecto, para él no ha habido maldad en lo que ha hecho, puesto que, así raciocina, el resultado le ha sido grato. ¿Qué razon, qué justicia hay, se dice, para que se me maltrate?

Es cierto que su padre le dice que ha hecho mal, que el robo es un pecado, que los niños no deben robar, por ejemplo. ¿Pero acaso puede él entender eso? ¿Están al alcance de su inteligencia principios tan abstractos como el del respeto á la propiedad que suponemos, ú otro cualquiera de los que se invocan en esos casos? ¿Qué experiencia ni qué conviccion tiene respecto á ellos?

Y puesto que el principio único capaz de justificar el castigo le es incomprensible, y puesto que lo único visible y manifiesto para él es la cólera paterna, nada más natural que atribuir el mal sufrido (el castigo) no á su causa real (la maldad del acto) que permanece oculta é incomprensible para él, sino á su causa aparente (la cólera de quien lo castiga). Toda la experiencia que le falta para establecer la primera relacion de causa á efecto, le sobra para establecer la segunda. Cansado está de observar que la cólera es seguida de actos de violencia y en sí mismo aun no ha establecido para las violencias de palabra ó de obra otro antecedente que ella. El raciocinio que surge y se le impone, no es éste: He cometido una falta y me castigan por ella; sino este otro. Mi padre, ó quien sea, se ha enojado y me pega para saciar su cólera.

Este segundo raciocinio es desmoralizador por excelencia. A poco que se repita, el niño no ve en su padre un sér cariñoso, preocupado de su bien, solícito y tierno, sino un hombre arrebatado, cruel y siempre dispuesto á interrumpir sus goces y á trocarlos en dolores. Este juicio, erróneo es cierto, pero justificado plenamente para el hijo; relaja los lazos de la familia, despierta la mala voluntad recíproca, haciendo que el hijo pierda la fe en su padre, esteriliza los consejos de este último y sobre que el castigo influye poco en la conducta del niño, desarrolla en él la hipocresía; resultado natural si se atiende á que el niño no ve otra causa del castigo que la indignacion paterna, y en consecuencia, el medio que encuentra más obvio para evitarlo es ocultar la falta.

Y si malo es este método usado con parsimonia, ¿cuáles no serán sus consecuencias cuando se erige en medio habitual ó exclusivo de moralizacion? Cuando se abusa de él, el niño no tarda en *endurecerse* para el castigo; su sensibilidad física y moral se embota y á la hipocresía sucede el cinismo.

Tales resultados se acentúan de un modo especial cuando los actos así castigados son de los que su organizacion impone á los niños, de aquellos que léjos de ser malos son en sí esencialmente buenos, cuya privacion les cuesta tan cara y muchos de los cuales están contenidos en esta fórmula: *Infracciones á la urbanidad*.

Si la urbanidad, como debia ser, tuviera por base la fisiología y la higiene; si sus reglas no estuvieran con tanta frecuencia en desacuerdo con lo que la ciencia demuestra que es bueno y con lo que reclama con tanta justicia la organizacion humana especialmente en la niñez; si no aconsejara á esta última una compostura imposible y perjudicial á su desarrollo físico; si no sofocara su natural curiosidad; si no tendiera tan á menudo á imponerle el disimulo y la mala fe, malo, pero no tanto, seria castigar las faltas de los niños en ese sentido.

Pero maltratar á un niño porque no está quieto, porque pregunta, porque no oculta sus ideas ó sus sentimientos, es el colmo del absurdo y el apogeo de la crueldad.

Hasta aquí no hemos hecho más que raciocinar. Veamos ahora si la observacion corrobora ó destruye lo anterior.

El primer paso que debemos dar en esta parte de nuestra demostracion, es apelar á la buena fe de nuestros lectores, ¡evoquen sus recuerdos y verán cuán cierto es que los castigos no suscitan el arrepentimiento ni ménos la gratitud hácia quien los aplica, sino la conviccion de su injusticia, la mala voluntad y el propósito de ocultar la falta en lo sucesivo!

Otra prueba: ninguna de las clases sociales más pródiga y más cruel en el castigo que la clase baja, la ménos culta, la más desmoralizada, y en ella, ménos que en otra alguna, logran los padres modificar la conducta de sus hijos, y es manifiesto que influye más en ella el mal ejemplo que la niñez tiene siempre á la vista, que los medios brutales con que se pretende neutralizarlo.

Y para que se vea que ese medio no sólo es poco eficaz para moralizar no sólo á los niños sino hasta los hombres, copiamos el siguiente párrafo de Spencer:

"Los castigos artificiales no han enmendado nunca á los culpables, y algunas veces han producido un aumento en la criminalidad. Las únicas penitenciarías que han tenido algun éxito son las que han establecido algunos particulares, y cuyo régimen está, hasta donde es posible, imitado de la naturaleza, es decir, en donde no se hace más que aplicar las consecuencias de la mala conducta, ó se deja que se produzcan, disminuyendo la libertad del criminal hasta donde es necesario para la seguridad social, y dejándole ganar la vida con esa traba." (Spencer. La Educacion, pág. 185.)

Otra consecuencia de los castigos artificiales, con la que damos punto á este análisis, es que, en cuanto falta quien los aplique, estallan los malos instintos con toda la vehemencia que adquieren cuando están mucho tiempo ocultos, sin que haya por lo pronto freno con que dominarlos. Todos tenemos ejemplos de esta clase que recordar y se observan dia á dia casos de moralizacion aparente trocada en desenfreno en cuanto falta por cualquier motivo el jefe de la familia.

Otra de las preocupaciones más generalizadas en materia de educacion moral, es la pretendida eficacia de los consejos. He dado consejos á Fulano. Dé usted consejos á su hijo. Hé ahí frases que oimos de boca de todo el mundo, y dichas con tanto aplomo que tal parece que bastará aconsejar para moralizar.

Para que el consejo surta sus efectos se necesita un conjunto muy complicado de requisitos que no es siempre fácil reunir. No basta que sea racional, como generalmente se cree; por parte de quien lo da y de quien lo recibe; se han de llenar ciertas exigencias de entre las que estudiarémos las más principales.

Claro es que el consejo ha de ser racional; pero ha de serlo para quien lo recibe y no para quien lo da. Si el que lo recibe no está en aptitud de comprender el por qué y el para qué del consejo, difícilmente lo aceptará, y ménos si contraría inclinaciones un poco fuertes. Este es uno de los defectos capitales de los consejos que se dan á los niños. Ese tono tan sentencioso, ese estilo metafórico y hasta enigmático, esa forma abstracta en que se expresan á los niños las reglas de conducta que deben adoptar, son lo ménos adecuado para hacérselas aceptables.

La moral es, más que cuestion de conocimiento, cuestion de sentimiento.

Ahora bien, si para lograr que los niños aprendan es tan ineficaz la forma abstracta ¿cómo no ha de serlo para lograr que sientan?

Comprenderiamos que se logrará inculcar en abstracto ideas de número, de extension, etc.; pero formar corazones, desarrollar virtudes, sofocar pasiones, todo eso en el niño y en semejante forma, no es más que ilusion irrealizable.

Si en muchísimos casos á pesar de la conviccion, que exige la previa comprension, subsisten y se nos imponen sentimientos opuestos á ella, ¿cómo no ha de suceder lo mismo cuando ni la conviccion existe por la falta de comprension previa?

Todo consejo, pues, cuya racionalidad no pueda evidenciarse, tiene en contra casi todas las probabilidades de ser seguido.

En consecuencia, para los niños, los consejos que no son concretos,

Pedagogía.-14